

Luis Cardoza y Aragón y la poesía hispanoamericana

Álvaro Darío Lara
2009-7
Páginas 169-182

Conferencia pronunciada en el Salón Mayor Roltz Bennett de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala el día 18 de septiembre de 2007 con motivo del LXII aniversario de fundación de dicha Facultad.

El poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón (1901-1992) representa sin lugar a dudas uno de los escritores centroamericanos e hispanoamericanos más relevantes del siglo veinte, y esto no es un lugar común, ni mucho menos una afirmación peyorativamente retórica. La obra de Cardoza y Aragón se inscribirá en lo que conocemos como la modernidad literaria; ese conjunto de autores abiertos hacia las nuevas experimentaciones de la poesía, arquitectos infatigables en el empeño de la ruptura con las formas convencionales de expresar la otra realidad, la que subyace a las cosas, la indecible. La verdad que muestra, cargada de sensibilidad pero de particular intelección, el arte; y en el caso afortunado para Cardoza y para nosotros, la poesía.

Pero no solo eso, Cardoza se continuará reinventando más allá de sus inicios surrealistas. Su discurso se irá perfeccionando con la integración de otros órdenes temáticos (raigales, algunos, en cuanto

su procedencia, étnica y cultural; metafísicos otros, en cuanto sus interrogantes universales); y en la búsqueda incesante de esa dimensión infinita de construcción formal que el surrealismo le sugirió para siempre.

Es curioso como el académico y el lector atento fallarán en la pretensión de establecer la infancia poética de Cardoza y Aragón. Todo su discurso poético se inicia seguro, con un tono y unas dimensiones que manifiestan temprana madurez en el dominio de la síntesis y de la imagen metafórica, probablemente las particularidades más difíciles de la poesía. Y esto es así desde su primer libro, titulado *Luna Park* (1924), que el poeta escribe en Berlín, Alemania.

El libro en cuestión señala por sus dedicatorias los tratos y afectos literarios e intelectuales del poeta: Guillaume Apollinaire (1880-1918), Jules Laforgue (1880-1887), Jean Cocteau (1889-1963), Enrique Gómez Carrillo (1873-1927) y Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), entre otros. Este último es el elegante esteta de la palabra, responsable de la introducción de la vanguardia en España. Gómez de la Serna es

además el genial creador de las greguerías y del ramonismo, y se erigirá como una influencia intelectual estimable en el joven Cardoza. Por ello, no es de extrañar que el primer poema de **Luna Park** esté dedicado al escritor. Dice en él, el juvenil Cardoza, exudando vitalidad:

« ¡Qué cada día que pase esté pleno/
De un nuevo episodio,/Mi aventura en la vida!/Nací odiando la monotonía/
De las almas en paz./Odio la llanura/
Por no accidental:/ ¡Que alfombré la llanura/
La senda en donde pasan/
Galopando las montañas!
¡Un grano de locura/
Floreció en mis entrañas!»¹.

Cardoza y las vanguardias

Cardoza y Aragón no es un poeta a quien la vanguardia atrapará a su llegada a Europa, al contrario, Cardoza es parte de ese conjunto literario producido por un grupo significativo de autores europeos, en su mayoría, que iniciarán a partir de la década de los años veinte en el viejo continente una revolución en la estética y en la estilística de los nuevos códigos poéticos.

Cardoza y Aragón participa de esta génesis por su amistad y trabajo junto a escritores europeos como André Bretón (1896-1960), padre del movimiento; Paul Éluard

(1895-1952), Philippe Soupault (1897-1990), Apollinaire, Antonin Artaud (1896-1948) y españoles e hispanoamericanos como su gran amigo Federico García Lorca (1898-1936), Gerardo Diego (1896-1987), César Moro (1903-1956) y los doblemente contemporáneos Xavier Villaurrutia (1903-1950) y Salvador Novo (1904-1974), creadores de importantes proyectos culturales en México.

Ese ambiente está singularmente descrito por el cineasta Luis Buñuel (1900-1983) quien junto al genial artista Salvador Dalí (1904-1989) han trabajado juntos, a la sazón, en el guión, dirección y producción de la famosa cinta *El perro andaluz*. Rememora Buñuel su encuentro con los surrealistas: «Aquel encuentro tuvo lugar en el café (Cyrano) de la place Blanche, en el que el grupo celebrara sus sesiones diariamente. Me presentaron a Max Ernst, André Bretón, Paul Éluard, Tritan Tzra, Pierre Unik, Tanguy, Jean Arp, Maxime Alexandre, Magritte. Todos salvo Benjamín Péret, que entonces estaba en el Brasil. Me estrecharon la mano, me ofrecieron una copa y prometieron no faltar a la presentación de la película, de la que Aragón y Man Ray les habían hecho grandes elogios».²

Son los vanguardistas, los surrealistas. Pero también aparecerá

1 Luis Cardoza y Aragón, *Poesías completas y algunas prosas*, prólogo de José Emilio Pacheco y nota de Fernando Charry Lara. México D.F.: Fondo de Cultura Económica 1977, p. 42.

2 Ma. De Lourdes Franco B, *Literatura Hispanoamericana*. México D.F.: Editorial Limusa, Grupo Noriega Editores, 1992, p. 352.

la generación de norteamericanos en su mayoría que se están volviendo escritores en París, y a quienes Gertrude Stein (1874-1946) nominará como la generación perdida. Narradores como Ernest Hemingway (1899-1961) y Scott Fitzgerald (1896-1940), o poetas extraordinarios como Ezra Pound (1885-1972), para quienes —incluido Cardoza y Aragón— la biblioteca de Sylvia Beach, Shakespeare and company, será tabla de salvación y punto de encuentro. Sobre esto dice José Emilio Pacheco (1939), refiriéndose a los días del joven Cardoza en París: «Se aloja en un hotel de estudiantes a media cuadra del Teatro Odeon y próximo a dos librerías legendarias: la de Adrienne Monnier y Shakespeare and Co., de Sylvia Beach. En ambas paga una cuota mensual para llevarse libros y revistas. Al poco tiempo está en el centro de las corrientes innovadoras, deslumbrado por las novedades y maravillas de la década»³. *El autor de París era una fiesta* nos ubica en esos templos para los escritores limitados de francos: «En aquellos días no había dinero para comprar libros. Yo los tomaba prestados de Shakespeare and Company, que era la biblioteca circulante y librería de Sylvia Beach, en el 12 de la rue de l'Odeón. En una calle que el viento frío barría, era un lugar caldeado y alegre, con una gran estufa en in-

vierno, mesas y estantes de libros, libros nuevos en los escaparates, y en las paredes fotos de escritores tanto muertos como vivos. Las fotos parecían todas instantáneas e incluso los escritores muertos parecían estar realmente en vida. Sylvia tenía una cara vivaz de modelado anguloso, ojos pardos tan vivos como los de una bestezuela y tan alegres como los de una niña, y un ondulado cabello castaño que peinaba hacia atrás partiendo de sus hermosa frente y cortaba a ras de sus orejas y siguiendo la misma curva de las chaquetas de terciopelo que llevaba. Tenía las piernas bonitas y era amable y alegre y se interesaba en las conversaciones, y le gustaba bromear y contar chismes. Nadie me ha ofrecido nunca más bondad que ella. La primera vez que entré en la librería estaba muy intimidado y no llevaba bastante dinero para suscribirme a la biblioteca circulante. Ella me dijo que ya le daría el depósito cualquier día en que me fuera cómodo y me extendió una tarjeta de suscriptor y me dijo que podría llevarme los libros que quisiera».⁴

Ese es el París de fiesta continua, de limitaciones pero de gran agitación cultural. París de Cardoza y Aragón y del caricaturista salvadoreño Toño Salazar, a quien Cardoza vuelve personaje en su poema

3 José Emilio Pacheco, prólogo a Luis Cardoza y Aragón, *Poesías completas y algunas prosas*. Op.cit, pp.8-9.

4 Ernest Hemingway, *París era una fiesta*. Barcelona, España: Editorial Seix Barral, 1979, p. 39-40.

Biografía de un paisaje, dedicado nada menos que a ese monstruo de la erudición literaria llamado Alfonso Reyes (1889-1959). Dice una voz proveniente de esos extraños y familiares seres que surgen de la escritura de Cardoza: «Yo te reconocí inmediatamente desde mi mesa en el Café du Dome, donde tomaba un ajenco en compañía de Toño Salazar⁵ y Cardoza y Aragón. En este momento me llevan a un *Luna Park* que han olvidado en los cajones de los muelles»⁶.

Es también el escenario donde se escucharán los nombres de dos hispanoamericanos: César Vallejo (1892-1938), modernista, surrealista, indigenista, poeta social, que con la publicación de *Trilce* en 1922 influirá notablemente en la fuerte corriente de renovación poética hispanoamericana; y el inicial creacionista Vicente Huidobro (1893-1940). Ambos capitales para comprender el rico ámbito cultural y literario que marcará al joven poeta Luis Cardoza y Aragón, ya entrenado en la pasión poética por sus constantes lecturas y admiración hacia la obra de los poetas malditos del siglo diecinueve: Charles Baudelaire (1821-1867) y Arthur Rimbaud (1854-1891).

5 Toño Salazar, nombre artístico de Antonio Salazar, caricaturista y diplomático salvadoreño, 1897-1986. Vivió y trabajó en la Europa de Cardoza y Aragón.

6 Luis Cardoza y Aragón, *Poesías completas y algunas prosas*, Op. Cit, p. 83.

De *Luna Park* hasta sus últimos libros, Cardoza no dejará de desconcertar a los lectores y estudiosos, acostumbrados al discurso inalterable de algunos autores. El poeta hará gala de toda clase de recursos, impondrá la prosa como categoría poética, a fuerza de una depurada construcción. Sus poemas en prosa, o mejor, la prosa de su poesía, provocan la extrañeza de una crítica acostumbrada a la poesía como líneas versales, y en el peor de los casos únicamente vaciada en los moldes de las métricas perfectas. Esto no será así en Cardoza, *Maels tron, films telescopiados* se sitúa en esta última consideración. Libro en el cual aparece nuevamente Ramón Gómez de la Serna, ahora pergeñando un prólogo que no desmerece de la desrutinización que el poeta explaya en sus páginas. Dice este español, hijo de don Alonso Quijano y del jazz neoyorquino, al final de esas letras introductorias: «Pero con Paisaje o Paisaja este es un libro derrochador y colgado de corbatas nuevas en que veo a Cardoza sonreír como heroico capitán del terremoto, como su epicentro»⁷. Y es que nos encontramos frente a un Cardoza que exclama: «Aeroplano que escribe en el cielo nuestro nombre,/cielo, página para los altos poetas,/sexo,/gárgola,/flor,/sapo,/mujer,/belleza de las cosas monstruosas,/complejidad

7 Ramón Gómez de la Serna, prólogo a *libro Maelstrom, films telescopiados; Luis Cardoza y Aragón, Poesías completas y algunas prosas*, p. 57

de las simples,/encanto inefable de toda excepción,/esplín casi inglés/ de la geometría,/del dibujo lineal,/ de que tres y tres/ihagan seis!»⁸.

Maelstron, films telescopiados, representa uno de sus ejercicios surrealistas más emblemáticos: en él se incorporan e integran como

en un atrevido *collage* los nuevos formatos comunicativos, artísticos y culturales: el cine, el jazz, la modernidad que se alza a través de los edificios y las máquinas, el paisaje gris de la desolación, la angustia de Charlotte, disimulada por su risa circense, buscando la rosa entre las cenizas de un paisaje cruel y absurdo. Cardoza y Aragón ofrece una galería del altanero siglo XX, irónico, estrambótico, transgresor, fascinante y diabólico.

La españolidad de Cardoza y Aragón

La españolidad literaria de Cardoza tiene un fundamento raigal en el núcleo de amigos y contertulios que se daban cita por las calles y las avenidas de esa España y de esa Europa, sobre todo, postprimera guerra mundial, y decididamente revuelta en su tránsito hacia su propio y cada vez más cercano pantano de sangre; pero también en su vasto conocimiento de la literatura clásica española. Cardoza crea desde los ríos surrealistas, participa de ellos, aquí los franceses, allá los italia-

8 Ibid., p.66.

nos; sin embargo, Guatemala será una línea profunda en sus manos, de cuya honda noche no se librará. Se acerca a ella, se desposa con ella.

Quinta Estación representará su deuda con lo mejor de la tradición postmodernista, su poesía reveladora de los ritmos y acentos exteriores, que no niegan su proceso anterior, sino confirman el carácter irrefutable del peso de la tradición en la palabra del poeta. En este libro Cardoza vuelve suyo el homenaje que la generación de 1927, de la cual a nuestro modo de ver es parte, rinde al vehemente español, impecable en su factura literaria y visionaria en los nuevos códigos de la lengua, don Luis de Góngora y Argote (15611627).

Cardoza compondrá para el maestro universal su homenaje hispanoamericano de exaltado neogon- gorismo titulado *Radiograma a don Luis de Góngora*, donde totalmente libérrimo en la construcción adjetival y metafórica dirá: «¡No sé verdaderamente cómo imaginarle, claro y enorme amigo!/Le veo en un jardín de orquídeas, Júpiter jovial,/un haz de infinitos en la mano./Como un laberinto de espejos poblado de sirenas,/como un gran caracol marino,/como un gigante con temor de niño,/ como una guillotina que cortase rosas,/como un caleidoscopio de ternuras./¡No sé verdaderamente cómo imaginarle!/ He ahumado mis lentes para verle mejor./Su verso madrepórico, lleno de miel y alcohol,/me ciega.

Aladino enloquece en su cataclismo de milagros:/usted es el más antiguo ejemplo de movimiento perpetuo/y el más moderno de todos los poetas./ Sus versos: claros peces en globos de cristal,/maravilloso acuario./Todo es en usted terriblemente oceánico,/oh pulpo con manos de ángel./Temo al abrir su libro que los versos vuelen;/Mallarmé escribió su vida —simple y maldita—/ con plumas de las alas de esos pájaros de sol./Abrió usted las esclusas del cielo/y el cielo nos diluvia/ llanto delicado:/¡qué canto el suyo, capilar y concéntrico, universal, / con el centro en todas partes, como decía Pascal/de los espacios!»⁹.

Su vínculo con España, con la poesía española, tendrá indiscutiblemente un capítulo memorable: su amistad con el poeta granadino Federico García Lorca (1898-1936), a quien conoce y despide para siempre en La Habana de 1929, y a quien dedica, andando el tiempo y la tragedia, cinco recuerdos:¹⁰ *In memoriam probable, Poeta en Nueva York, En La Habana, La Palabra danzante y San Mauricio*. Esta es una memoria que Cardoza escribe transido de dolor, alegría y nubes de otro tiempo. Leyéndolo nos adentramos en el misterio insondable de la voz poética, en su carácter profético, y en su inmensa revelación dramática. Solo podemos evocar entonces al telúrico Pablo Neruda (1904-1973): «En el fondo del pozo de la historia,

como una agua más sonora y brillantes, brillan los ojos de los poetas muertos. Tierra, pueblo y poesía son una misma entidad encadenada por subterráneos misteriosos. Cuando la tierra florece, el pueblo respira la libertad, los poetas cantan y muestran el camino. Cuando la tiranía oscurece la tierra y castiga las espaldas del pueblo antes que nada se busca la voz más alta, y cae la cabeza de un poeta al fondo del pozo de la historia. La tiranía corta la cabeza que canta, pero la voz en el fondo del pozo vuelve a los manantiales secretos de la tierra y desde la oscuridad sube por la boca del pueblo»¹¹.

Cardoza y Aragón admira fascinado el *modus operandi* poético de García Lorca. Su personalidad arrolladora, que extrae, en el decir de Cardoza, versos de los bolsillos, que lee poemas para luego corregirlos y seguir leyéndolos y representándolos, que derrocha libertad y llena de brillo cualquier cosa. Rey Midas, insuperable de la palabra. Nos dice el emocionado Cardoza: «¿Cómo hacerte conocer a los que no te conocieron? ¿A los que no te vieron sonreír y reír, decir malas palabras, contar mil historias, y leer prodigiosamente tus poemas? ¿Cómo hacerles saber algo de la expresión de tu rostro salpicado de lunares, de tu voz lenta y untada, dormida y tensa? ¿Y cómo hacerles saber que tu poesía era, como en

9 Ibid., pp.100-101.

10 Ibid., pp.584-602.

11 Pablo Neruda, Viajes, Santiago de Chile, Chi9le: Editorial Nascimento, 1955, p. 9.

Santa Teresa, lo que ya no cabiendo en el corazón se derramaba? ¿Y cómo hacerles sentir que tu corazón era más ancho, más generoso y más perpetuo aún que tu mejor poesía? Tu muerte para mí siempre improbable, porque vivo eres, serías, serás, una leyenda pura. Fuieste, eres —perdona la indecisión de mis verbos— tan transparente y luminoso, tan dulcemente incandescente, que muchas veces pudimos percibir en La Habana tu esqueleto de ángel»¹².

Por otra parte, Cardoza rescata de su recuerdo lorquiano un aspecto importantísimo en el poeta español, al cual se han referido ya muchas personas que lo conocieron, pero pocas veces han expresado con tanta nitidez, veamos: «Nadie menos poético que tú. Suelo sentir que existen en Federico dos poesías: la oral de quienes lo conocieron y la leída de quienes nunca lo escucharon. Disfruto de ambas cuando lo releo. La primera es otra y superior. Se perderá ineluctablemente. La presencia, el estilo de la escansión del fervor de su voz es irrepetible e intransferible. En vano aspiramos a ello. ¿Acaso Lope leyó con tanta imantación?»¹³.

La españolidad literaria de Cardoza está probada por el fuego de sus grafías irrenunciables. Sus lecturas de los clásicos de la lengua

de Cervantes acompañarán sus pasos hasta el final. Será siempre el español el código privilegiado de su deslumbrante obra.

Otros ámbitos, otras voces en Cardoza y Aragón

La exégesis a la que nos sentimos impelidos por la obra de Cardoza debe mesurarse en estas líneas. Cardoza deslumbra. Es deslumbrante con el lenguaje. Lo somete. Lo modela a su antojo. Lo embellece. Poseyéndolo lo respeta, se sacia de él, y sigue hambriento de él. Se vuelve dionisiaco, apolíneo, verdadero minotauro en el festín de las palabras. Es reloj y nube, parafraseando su obra de poesía y de crítica dedicada al gran artista mexicano que admiró siempre: José Clemente Orozco (1883-1949).

Porque otra cosa distinta, siendo la misma, es su crítica —por denominarla de alguna imprecisa manera— sobre la plástica de México y de Guatemala, países a los que tanto amó. Autores como el mismo Orozco y Carlos Mérida (1891-1984) tendrán el honor de su sensible, aguda y hermosa palabra de seguimiento, valoración y depuración estética. Admirará también la obra del grabador José Guadalupe Posada (1852-1913), paradigma cultural de lo mexicano.

Deseamos finalizar haciendo un recorrido breve, y por tanto incompleto, de algunos de sus libros, temas y tratamientos poéticos, a

12 Luis Cardoza y Aragón, *Poesías completas y algunas prosas*, Op. Cit, p.584

13 *Ibid.*, p. 585

través de dos apartados: lírica de su soledad y línea directa al corazón de Guatemala.

Lírica de su soledad

Evocando la natal Antigua, a la sombra de ese árbol extraño que fue el escritor y bibliófilo consumado César Brañas (1899-1976), traza Cardoza y Aragón este su cuarto recuerdo (*Cuatro recuerdos de infancia*, 1931), arrancado de aquella naranja que fue su infancia, al contemplar quizá desde alguna azotea la ciudad luz, que no tiene el olor de Semana Santa, de incienso, de trópico encendido, de volcán y de niebla: «Se está más solo que en ninguna parte,/hasta sin sí, solo, sin soledad/ni profecía, ausente, por nacer,/sin cósmico fervor de nebulosa»¹⁴.

Es la irrenunciable soledad que le seguirá como una sombra fuera de Guatemala y dentro de ella, en el amor y fuera de este. Persistente soledad que se dibuja como una minúscula creación de Joan Miró (1893-1983) sobre el papel intacto de polvo y lleno de silencio. Soledad del exilio, del autoexilio, donde estamos sin estar, solos, frente a la noche incierta de la historia.

Entonces solo entonces de 1933 continúa la ruta de la soledad. Versos cortos, conceptuales, economía de las palabras. Nos detenemos al pie de esta décimo quinta estación

14 *Ibid.*, p.122.

y leemos conmovidos : «Nostálgico de polvo,/ con mansa ley violenta,/ ya casi real, mi cuerpo/sueña solo la sombra./Para no ser incierto, yo necesito el fruto/divino del dolor./ La muerte es un insulto./Su radiante materia/olvida la ceniza./Ya casi real, mi sombra/solo mi cuerpo sueña./ Quieren sufrir las piedras./ Quieren amar las piedras./Quieren reír las piedras./Quieren soñar las piedras./ Olvidar y morir./Vivir y recordar./ Las dulces tercas piedras./La muerte es un indulto»¹⁵.

La devota soledad lo acusa como un escogido, consagra a ella su libro *Soledad*, en el año de la pólvora de 1936. Poesía hecha de carnes de animales, de toros y praderas y rocas y gaviotas, manzanas y escorpiones, de humo y dioses derribados. De mucho humo en el alma del poeta, y en los cielos de esa España donde danzan ahora las calaveras de Franco. De esas dos columnas de humo se me antojan estos versos: «Solo está el hombre./Solo y desnudo como al nacer./Solo en la vida y en la muerte solo,/y solo en el amor,/con su sueño, su sombra y su deseo/—ángeles inclementes—/anegado de soledad y de alegría./iDe alegría! desnuda soledad,/como la del dolor y del misterio».¹⁶ Y estos más: «He nacido en el humo,/en el choque de un milagro con otro,/en la única muerte que me tuvo./He besado el casco del caballo,/ el mar,

15 *Ibid.*, p. 135.

16 *Ibid.*, p.145.

el llanto y el estiércol./ He golpeado con mis pies y mis sueños,/las piedras y los dioses,/otros pies y otros sueños./He comido mi muerte,/ el tierno fruto, el plomo./Y he muerto en todas partes,/como la lluvia, el trigo:/triste, fecundo, solo./ Os recordaréis de mí,/hombres futuros./Os recordaréis de mí,/soledades de mañana.»¹⁷ Y finalmente, la soledad de Federico García Lorca, la soledad como radical definición del poeta ausente, más allá de su risa-lunar, mascarón ante la brutalidad enemiga de las vacas y de los gatitos de patas quebradas, que los automóviles embisten en la noche ciega de estrellas: «Pienso en Lope de Vega y el suave Gracilaso./En su risa y su llanto, sus sueños y su muerte./ Yo siento que ellos fueron como tú, Federico,/con su sencillo trato y su dolor sagrado»¹⁸. La soledad es fúnebre ahora en el Lorca masacrado por la barbarie fascista, en medio del campo, en medio de la noche sola, sin amanecer posible, cuando no el de la telaraña que envuelve ya sus ojos: «Inmensamente solo. Solo como el ombligo/de tu tierra natal. Solo como el amor/del olvido y el tiempo, del sueño con su erizo, /de tu fiebre de musgo y de planeta oscuro»¹⁹. Por todo eso, rubrica el poeta con su voz cansada, repitiéndole a su imagen refractada mil veces en el espejo, esta voz que es ya de sonámbulo (El sonámbulo,

1937): «Porque en el cielo un lirio es aún arma prohibida/aprietan sus tenazas los escorpiones/ y se olvida la ceniza por completo del fuego./Y entre la muerte y el sueño va sin vida,/más allá de la estrella fugaz y la bala perdida,/a la hora del amor de las islas y el embrión, el astro y los puñales,/la rosa sin espina de la muerte./No es sino la hiedra que se inventa una torre./ El pez incandescente que contra el frontal estrella su perpetuo asalto./ La mano que levanta la venda de los ojos y confunde epitafios./Alud de cielo que perdona la tosqueidad telúrica del nardo/detrás de su blancura enmudecido, como lluvia en el agua»²⁰.

Hasta aquí este deambular insomne, sonámbulo, y sin embargo, lleno de asombro, ante tanto objeto de fabulosa soledad, creado por ese tal Cardoza y Aragón, de voz universal e inteligente paso.

Línea directa al corazón de Guatemala

Guatemala es la amada festejada, el orgullo mayor, pero es también el odio avasallador a toda su perfecta historia de crueldad, que confunde, que mezcla magistralmente la rosa inmaculada de su belleza con la sangre demencial de su injusticia. Es el amor-odio del hijo hacia el padre, es el reclamo amoroso e impotente ante una sucesión de épocas empeñadas en seguir ca-

17 *Ibíd.*, p.147.

18 *Ibíd.*, p. 149.

19 *Ibíd.*, p. 149.

20 *Ibíd.*, p.161.

llando. Sobre esta relación Cardoza-Guatemala, amplia calzada de dos vías, podríamos parafrasear lo dicho por el poeta Francisco Morales Santos (1940) ante la pila de versos magníficos de Roberto Obregón Morales (1940-1970): «De esa cuenta, en todo lo que escribió solo hay tiempo para datar, testimoniar o evocar esa belleza cruel que es Guatemala»²¹.

La Guatemala de sus versos, y la de su poesía ensayística, tratado de amor, de lujo del idioma, de polémicos arrecifes de ideas, de sobresaltado genio, la pasión por Guatemala que es esa carta de amor titulada *Guatemala: las líneas de su mano*. De ella ha dicho el patriota incorruptible, Manuel Galich (1913-1984): «Difícilmente encontraríamos en toda esa literatura del amor a la tierra, descripción más alta, más elevada, más lírica, más profunda, más honesta, más fervorosa y mejor dicha que Guatemala, las líneas de su mano»²². Y uno de sus más completos antólogos y estudiosos, José Emilio Pacheco, refiriéndose también al texto en cuestión ha dicho: «[...] constituye uno de esos libros a los que se vuelve siempre. A veces podremos

contradecirlo, jamás refutarlo ni olvidarlo. Hacerlo sería negarse a ver lo que es la existencia diaria de las grandes mayorías iberoamericanas y la urgencia inaplazable de que todo esto cambie para siempre»²³.

Cardoza y Aragón recoge los códices todavía humeantes y los restaura; se dibuja un quetzal en la solapa y se va a sembrar maíz y frijoles, luego vuelve y dirige sus ojos ante el derroche colonial. Avanzan los criollos. La independencia estadounidense y la revolución francesa embriagan los intereses locales. Antiguos y viejos cuervos trazan ahora la línea perfecta de la nueva sumisión, y vienen las repúblicas de juguete, los rituales de la recién promulgada religión patria, las guerras centroamericanas y la sucesión de conservadores y liberales, los dictadores disfrazados de dioses helénicos, y los generales y coroneles de Asturias y sus herederos. La gran cruz oligárquica y católica de Guatemala se postra, ante el rostro de Caribdis y Escila, ante la United Fruit Company, y ante la nauseabunda baba del embajador yanqui Jhon Peurifoy. La revolución está perdida, el presidente Árbenz (1913-1971) abandona la Patria, para volver únicamente yerto, para ser enterrado nuevamente, por la indiferencia, la ceguera y la traición.

21 Francisco Morales Santos, prólogo a: El arco con que una gacela traza la mañana de Roberto Obregón. Ciudad de Guatemala, Editorial Cultura, 2007, p.11.

22 Manuel Galich, citado por José Emilio Pacheco, prólogo a Luis Cardoza y Aragón, Poesías completas y algunas prosas. Op. Cit, p.18.

23 José Emilio Pacheco, prólogo a Luis Cardoza y Aragón, Poesías completas y algunas prosas. Op. Cit. P. 19

Severos son los juicios de Cardoza hacia los casi diez octubres de la niña Guatemala, la que se murió de amor. Severos e injustos nos parecen por momentos, pero severo era también su contradictorio corazón de poeta. Afecto en ocasiones a la engañosa seguridad de los verbos categóricos, que afirman sobre la polis lo que la polis no es; pero buen entendedor también de los enigmáticos caminos de la cruz y las pirámides, de los hombres saker-tí, que solo tenían su sangre y su palabra azul y dorada frente a la luna abominable de los tiranos.

Sobre el bizantino problema de lo local y universal en Cardoza-poeta y en Cardoza-Guatemala, el escritor Augusto Monterroso (1921-2003) ha dicho: «De ninguna manera voy a decir ahora que Luis Cardoza y Aragón haya resuelto este problema colocándose en la zona intermedia de lo universal y lo local, que su obra viene a ser una síntesis de estos opuestos o cualquier vulgaridad por el estilo. Sucede, sencillamente, que su obra es un universo distinto, distinto y ciertamente más complejo y difícil de aprehender que el de uno y otro de estos ilustres compatriotas²⁴.

Para empezar, los puntos de comparación simplemente no existen. En toda la obra de Cardoza y Aragón las formas usuales se van al diablo. No puedo imaginarlo escri-

24 Se refiere a Enrique Gómez Carrillo y a Miguel Ángel Asturias (1899-1974).

biendo la crónica de un pequeño suceso o una novela. Desde la primera página la desbordaría. Solo puedo verlo en el ámbito de la poesía, el verdaderamente suyo, que no tienen forma y es en él el espacio de la exigencia, la inconformidad y la revuelta. Y no obstante, contradicción por contradicción, uno de sus mejores libros es una crónica, Guatemala, las líneas de su mano; y si a eso vamos, *Pequeña sinfonía del Nuevo Mundo* es una novela, solo que de otra esfera, con Dante como protagonista principal en Nueva York»²⁵.

Para leer a Cardoza y Aragón hay que amarrarse muy bien los zapatos, abrir la ventana de la verdad y de la alucinación, consagrarse en las palabras, decir completamente ebrios de amor y de dolor junto a Luis Cernuda (1902-1963), el santo de los cuerpos proscritos: «Pero él con sus labios,/con sus labios no sabe sino decir palabras;/palabras hacia el techo,/palabras hacia el suelo,/sus brazos son nubes que transforman la vida/en aire navegable».

Lo demás, acaso la Patria, se encuentra como Cardoza y María Zambrano (1904-1991) sabían muy bien, únicamente en el idioma. Ese, pensamos —pienso— fue el principal credo y el más determinante legado del poeta.

25 Augusto Monterroso, Luis Cardoza y Aragón. Suplemento Sabatino, Diario El Mundo, San Salvador, El Salvador, 21 de febrero de 1987, PP. 12-13

Bibliografía

Luis Cardoza y Aragón, *Poesías completas y algunas prosas*, prólogos de José Emilio Pacheco y Fernando Charry Lara. México D.F. : Fondo de Cultura Económica, 1977.

Luis Cardoza y Aragón, Guatemala: *las líneas de su mano*, México D.F. : Fondo de Cultura Económica, 1986.